

Carta de París

Minimalismo a la francesa

Gustavo Guerrero

Ya nadie recuerda cuándo fue la última vez que se produjo un fenómeno semejante. Quizás haya que remontarse muy lejos en el tiempo –demasiado lejos para nuestras perezosas memorias–, pues ninguno de los *best sellers* más recientes puede servirnos aquí de punto de comparación. Y es que son más de sesenta semanas las que lleva *La première gorgée de bière et autres plaisirs minuscules* en la lista de los libros más vendidos en Francia. A un año de su aparición, el éxito de esta humilde compilación de crónicas y narraciones cortas parece ya cosa de portento y el primer sorprendido es su autor, Philippe Delerm, un industrioso escritor de provincia que contaba en su haber unas diez novelas publicadas con más pena que gloria. Pero no es menor la sorpresa que se han llevado los editores. El director de la colección l'Arpenteur, Gérard Bourgadier, sabiendo que las formas breves tienen en general un mercado de análogas proporciones, esperaba vender a lo sumo unos dos mil ejemplares. Hoy se habla de más de medio millón y, según los últimos sondeos, la afición por el librito no decae.

Como suele ocurrir en estos casos, las explicaciones de lo que ya empieza a llamarse «el misterio Delerm» han sido diversas y contradictorias. Los más ingenuos –o los más cínicos– celebran el triunfo de una obra maestra cuya mayor virtud consistiría en elevar a un rango literario los pequeños eventos de la vida cotidiana. Gracias a la escritura límpida y sensual de Delerm, saldrían así de su prosaico anonimato experiencias tales como llamar desde una cabina telefónica, coger moras en otoño, comerse un *croissant* una mañana de domingo y, por supuesto, paladear ese primer trago de cerveza que, reconozcámoslo, cae a punto en una calurosa tarde de verano. El éxito de *La première gorgée de bière...* reflejaría, según esta opinión, la clara afición del público actual por una literatura más concreta y más próxima –la muletilla reza «más arraigada en la existencia diaria»–, pues, al parecer, lo que el momento pide son libros que, con palabras sencillas, den cuenta de las verdaderas formas del vivir en la Francia de hoy. La argumentación prosigue añadiendo a menudo una crítica a las ambiciones de las vanguardias textualistas que, durante muchos años, con sus oscuros y elípticos experimentos, alejaron a los lectores de las bibliotecas y las librerías.

as. El opúsculo de Delerm, nuevo signo de los tiempos, señalaría, en este sentido, un gran viraje estético y social: la democratización del gusto que pondría fin a la cerrada religión de la literatura moderna y sentaría las bases de un intercambio más abierto en nuestra finisecular república de las letras.

Otros comentaristas, más cautos —o más astutos—, ven en el fenómeno un índice suplementario de la crisis de la novela francesa contemporánea y destacan el sutil lirismo de *La première gorgée de bière...*, un rasgo que llevaría estas breves prosas hasta las fronteras mismas de la poesía. Así, el invierno pasado, el antiguo director de la *NRF*, Bertrand Visage, no dudaba en subrayar la deuda de Delerm con poetas como Jacques Réda. Aún más, en un controvertido editorial de la revista, Visage llegó a hacer de Delerm el fundador de una nueva corriente literaria bautizada *les moins que rien* (los menos que nada), una improbable escuela minimalista que reuniría a un puñado de jóvenes escritores propensos al intimismo y adeptos a los géneros menores. Todos ellos formularían, con sus cortísimos textos, una crítica silenciosa de la desmesura novelesca y vendrían a vivificar el seco paisaje de la narrativa gala aportándole un poco de poesía.

Quizá no sea enteramente falsa esta interpretación del triunfo de *La première gorgée de bière...* como una suerte de revancha histórica de las formas breves en el país de Balzac y de Proust. Pero, en honor a la verdad, hay que reconocer que resulta demasiado optimista y que tiende además a rodear de un aura excesivamente literaria a un fenómeno que exige más bien otro tipo de valoración. Ciertamente, si apartamos el velo de las mistificaciones, «el misterio Delerm» no parece tener mucho de misterioso: básicamente, es una prueba más de la irracionalidad del mercado y del adelgazamiento intelectual de un buen sector de la crítica que, ya muy dada al oportunismo, corre a la zaga de los éxitos de librería. Lo que sí resulta mucho más importante en este caso —lo que sí pediría un análisis más cuidadoso— es la amplitud que ha ido tomando la alabanza de la simplicidad en casi todos los discursos celebratorios. Se nos dice y se nos repite que *La première gorgée de bière...* debe su popularidad al placer que producen las palabras y las cosas simples, los transparentes vectores de este nuevo realismo de lo cotidiano que vendría a llenar un vacío identitario. Los españoles e hispanoamericanos que hemos tenido que sufrir las proclamas y manifiestos de las corrientes coloquialistas y de la famosa poesía de la experiencia, algo sabemos de esta retórica de la llaneza que afirma que lo menos elaborado literariamente es siempre lo más veraz. Su fundamento último postula, con perverso candor, no sólo que lo real es lo más inmediato, sino que el mundo es finalmente un objeto bastante legible y que no opone mayor resistencia al lenguaje. De ahí la condena de la dificultad y la

exaltación de lo simple, dos términos que sólo son estrictamente antónimos cuando simplicidad rima con facilidad. La distancia que separa a los *croisants* de Delerm del jabón de Ponge o de la cama de Péric traduce de un modo fehaciente esta diferencia semántica y sólo omitiéndola se puede sostener, como lo han hecho algunos críticos, que los tres autores cultivan la misma poética. Y es que, en el fondo, lo que se elogia en *La première gorgée de bière...* no es una temática ni un rasgo estilístico o expresivo sino el escaso esfuerzo que su lectura exige, lo que, obviamente, pone el libro «al alcance de todos».

Esta confusión entre lo simple y lo fácil no es, sin lugar a duda, un vicio exclusivo de la apreciación literaria. En los más diversos discursos de nuestras sociedades, desde el económico al publicitario, desde el político al periodístico, se ha vuelto ya tan familiar, tan corriente, que hemos acabado integrándola a nuestros hábitos mentales y, con frecuencia, somos incapaces de percibirla. No sólo vivimos en la era del vacío sino también en el espacio ilusorio de un mundo práctico y accesible, gobernado por las leyes del pragmatismo y cuya virtual disponibilidad da cuenta de la pérdida de espesor moral de muchos de nuestros actos. En cierto modo, las predicciones de Heidegger se han cumplido: el modelo de la simplificación técnica ha acabado identificándose con la estructura misma de lo real. Las prosas de Delerm no dicen otra cosa cuando describen cómo comerse un helado o cómo leer el periódico a la manera de un manual de instrucciones que, desgraciadamente, no evoca aquél tan conocido de Cortázar, el inolvidable manual de las *Historias de cronopios y de famas*; digamos que hace pensar más bien en una versión intimista del folleto de algún aparato electrodoméstico. No puede negarse, sin embargo, que el hedonismo salva a menudo a nuestro autor, transformando sus tópicos en una enumeración de diminutos placeres recreados con todo lujo de detalles y no sin cierta afectación. Se trata –debemos recordarlo– de *La première gorgée de bière... et autres plaisirs minuscules*. Pero tanto menudo regodeo –la discreta poesía de Delerm– no basta para compensar una pobreza imaginativa que se hace cada vez más acusada a medida que la lectura avanza hacia esos dos textos finales dedicados nada menos que a los paseos por el campo en bicicleta y al juego de petanca.

¿Cómo explicar entonces el impresionante éxito del librito? Tal vez sean justamente la bicicleta y la petanca las que nos den la clave. En su más puro carácter de clisés, los dos símbolos ponen de relieve que el placer más profundo que puede suscitar *La première gorgée de bière...* es el de la nostalgia por una vieja Francia rural y conservadora, por un país de ritmos lentos y convenciones bien establecidas, con graneros llenos de manzanas y lar-

gos almuerzos al aire libre y perfumes de lavanda y rústicas cocinas donde alguien limpia un manojo de *petit pois*. Efectivamente, Delerm describe menos las formas de la vida actual que el recuerdo menguante de otro tiempo que quizá sólo haya existido plenamente en las películas de Marcel Aymé o en las canciones de Charles Trenet. No en vano se ha dicho que su libro mucho debe al *Je me souviens* de Perec aunque no responda a las mismas realidades ni encierre una intención lúdica comparable. Lo que sí transmite, por desgracia, es la visión idealizada de un pasado que es hoy el paraíso perdido de ciertas clases medias y un bastión ideológico para resistir al cambio. Tal es la fuerza de esta evocación que aun las escenas urbanas más contemporáneas cobran, en las prosas de Delerm, el matiz sepia de las viejas postales. Pero esto basta para garantizar su éxito, pues, en un período de crisis y a las puertas de una nueva era, *La première gorgée de bière...* cumple así el papel de un buen tranquilizante. No es imposible que produzca incluso los efectos de un Prozac identitario en todos aquellos que temen o lamentan la desaparición de la *douce France* de antaño.

Afortunadamente, en los últimos meses, el espíritu crítico parece despertar al fin. No ha faltado ya quien haya visto en el libro el más reciente *Diccionario de lugares comunes* al uso del francés actual y varios irreverentes guasones han comenzado a redactar parodias al estilo Delerm, como, por el ejemplo, el pequeño placer de hurgarse los dientes con un palillo después de una carne a la borgoñona o ese último trago de la sexta cerveza que nos tomamos con los amigos un domingo de julio mientras seguimos el Tour por la televisión. Pero quizás el mejor antídoto contra el minimalismo a la francesa y sus simples y ambiguos placeres sea, hoy por hoy, volver a Rabelais. Sus epicúreos y barrocos gigantes, con tanta densidad como tamaño, siguen siendo un llamado a la lucidez y, además, saben disfrutar de la vida presente sin pena ni añoranza, en toda su vasta e imprevisible complejidad.